

be resignarse a trocar en la representación histórica el coturno por el sueco.

Considerada en síntesis, la obra de nuestro historiador y sociólogo es estimable, sobre todo en el énfasis que pone en los principios determinantes de nuestra economía pobre, principios que han llegado a convertirse en lugares comunes de hasta los más flacos demagogos.

El coro de las alabanzas permite destacar voces de la idiosincrasia y profesión política reconocidas, que según el autor de los «Tres Ensayos Históricos», no son precisamente las que suelen destacarse con el adjetivo de «avanzadas»...

Jobet es un expositor y valorador seguro y enérgico. En sus páginas se adivina al varón franco, de inteligencia sagaz, nítida, insobornable.

En este momento de vacilaciones, de temperamentos tibios y confinados el más que centenario plantel de cultura no podía haber editado algo mejor que esta obra de perfiles vigorosos, obra donde no hay más que anhelo y vocación de verdad, y nada menos que aptitud y designio de verdad. Es lo que falta.

«EL CARACOL Y LA DIOSA», de Enrique Araya. Editorial «Zig-Zag».

El segundo semestre ha sido propicio para la novela. Ahí están «Un hombre por el camino», de Baltazar Castro; «Oleaje», de Daniel Delmar; «Llampo de sangre», de Oscar Castro; «Los hombres del hombre», de Eduardo Barrios; «Sucede», de Varas Morel; «La ensenada de la luna», de Alejandro Gaete, etc. Tienda aparte ha establecido el humorista Enrique Araya con «El caracol y la diosa».

Son las memorias de un muchacho que padece el encierro solícito de su madre ante la inminencia de la guerra atómica.

La reclusión en el espacio exiguo que hay entre la chimenea y la escala no le permite siquiera la posición horizontal. Al cabo de un tiempo decaen sus exigencias fisiológicas a límites increíbles, mientras la actividad mental se exacerba a tal punto que se produce el desdoblamiento por la vía onírica en sueños trascendentales. Se torna hiperlúcido, y recorre a voluntad las zonas del tiempo: presente, pasado y futuro. En el pretérito, asiste casi al orto de la especie, al paso que en el futuro supera al año veinte mil.

Por intermedio de su descendiente del año veinte mil y tantos, un tal X-Z 482 (ejemplar desdentado, glabro y carente de intestino), aprecia la vida ulterior a la guerra atómica, cuyo progreso culmina con la más inconcebible de las deshumanizaciones procurada por la técnica. El mecanismo levanta su deidad: una mujer inmensa, que responde automáticamente a las preguntas que se le hacen. Es la Diosa. La quintaesencia racional, la obra maestra de la tecnocracia.

Poco antes de que lo extraigan de su prisión voluntaria para conducirlo al manicomio, oye a un caracol que le hace el elogio de la vida quieta en un lenguaje sin palabras, en un idioma directo, de piel a piel.

Se explica entonces el nombre de esta novela, que es una filosofía de la vida. «El Caracol y la Diosa» son los símbolos de la naturaleza y el artificio, respectivamente.

Araya confirma la calidad de «Mi tierra era la lu-

na», y también aquello de que el humorismo es inteligencia. En «El Caracol y la Diosa» maneja con soltura a Parménides y a Platón, como asimismo las promociones metapsicológicas. Lo hace burla burlando. Y cuño legal tiene su desprecio por la tecnofilia, por el sistema y el orden exagerados, por la convención y el prejuicio imbéciles. La obra es una sátira recia contra de la máquina, que señala el regreso de la persona.

A estas alturas no es imposible omitir una cita de nuestro discurso en el 137 aniversario del Instituto Nacional, publicado por el Boletín de noviembre de este año. La recordaremos por que se vea nuestra coincidencia con Araya. Participamos con él en aquello de que el renunciamiento a la vida natural debe señalarse con piedra negra. Hemos dicho: «No se es oculta que vivimos un momento peligrosísimo, un instante de angustia seca, y tanto que me avergonzaría de compararlo con cualquiera otro crítico de la humanidad. Es un momento trágico en que debemos enfrentarnos a la terrible infinitamente simple de que podemos infinitamente más de lo que sabemos. El hombre empieza a desatar la energía cósmica al punto que este último puñado de tiempo sobrepasa en estatura a la suma de todos los tiempos hasta los primeros remotos orígenes, inconcebiblemente más allá de la prehistoria. Se ha dicho que vivimos una revolución, pero será más adecuado afirmar que la morimos, porque se nos viene tan de golpe que nos ahoga, porque se nos echa encima con el peso irracional de su acromegalia técnica, y aguardamos con zozobra que nos tunda y abata con su aletazo bruto.

Y esta revolución la debemos al tecnicismo especialista, hay que cargarla en cuenta a la hipertrofia

utilitaria, tenemos que agradecerla al desorbitado industrialismo comercial, a la fragmentación irresponsable de la cultura, que rebaja a la persona hasta convertirla—de antigua señora—en actual sirvienta de la máquina».

Araya se pone en esta ocurrencia, a dieciocho mil años. Es decir, coloca a su protagonista, que da con sus huesos en el manicomio. Allí se gana el mote de Caracol en afán inmoderado de imitar a este molusco hasta en la lentitud del peregrinaje, que al psicópata le parece expresión de sabiduría frente a la hueca celeridad de los superhombres.

Hay que saludar en el autor de «El Caracol y la Diosa» a un novelista trascendente. Sin erudición farragosa, sino con tino ágil, nos entrega, en menos de trescientas páginas, un mensaje con intenciones atrevidas, de perspicacia fina y profunda.

Es libro amargo, precisamente por ser de humor alquitarado. Nos recuerda el autor de «La risa» que ésta es como la resaca: mientras la espuma exorna con su cenefa, en lo íntimo impera el sabor áspero de la sal.

Y así es «El Caracol y la Diosa», libro salobre. El protagonista es un tímido a quien sorbieron el tuétano de la personalidad un padre zafio y una madre egoísta. Se hallan certeramente sugeridos: el uno—ingeniero dedicado a la estadística—a través de su metromanía y hábitos infantiles, y la otra con la morbosa solicitud materna. Como a tantos introvertidos, le resta sólo la imaginación, con sus riesgos y ventajas. Entre las últimas descuella la libertad de movimiento, al par que entre los primeros sobresale el peligro de deshumanizarse, de perder peso vital.

Araya sale con bien de la prueba, pero es conve-

niente que no la repita. Su talento de escritor le ha permitido sortear el esquema, producir un efecto estético considerable por el choque de dos magnitudes en extremo disímiles, como son la insignificancia grotesca del héroe y su comunión con una sociedad hipercivilizada: recurso barroco que hasta nos hace recordar al del Manco, pero equivocadamente, pues el iluso y alucinado de la Triste Figura campea entre seres de carne y hueso que le son inferiores en vida trascendental—de un lado—al paso que de otro lo lastran de terrenales valores, lo ungen de simpatía humana.

«FIEBRE LENTA», de Hugo Laso Jarpa, Nascimento.

Juan Modesto Castro escribió una novela inolvidable con enfermos del corazón reclusos en un hospital metropolitano: «Águas estancadas». Ahora estamos frente a una obra cuyos protagonistas son los tuberculosos de un Sanatorio próximo a Santiago.

Lejos, naturalmente, del ámbito rico y complejísimo de la «Montaña Mágica», consigue Laso interesar al lector de cultura superior a la media, pues propende también al ensayo y logra algunos atisbos de interés evidente.

El clima morboso favorece la introspección y el agudizamiento cenestésico. La psicología anormal es núcleo de la novela. Hay pasajes en que adquiere perfiles estridentes, de baja pasión. Pero se casan la repugnancia que nos producen con el acierto estético, como aquéllos en que se hacen bromas brutales a los reposantes o la confesión de uno que fué contaminado deliberadamente por su tío.